

Enseñando a ORAR

Mons. Fulton J. Sheen, el llamado "Obispo de la televisión", es demasiado conocido como para hacer de él una amplia presentación ¿Quién no le ha visto alguna vez ante las cámaras?

En realidad, es todo un hombre de contrastes. Frente a las 100.000 cartas mensuales, frente a más de 50 casos matrimoniales diarios, frente a sus programas semanales de T. V., seguidos por bastantes millones de americanos Mons. F. J. Sheen es un hombre de pluma y estudio. Por algo tiene cuatro títulos azadémicos —profesor en la Universidad Católica de Washington—y lleva escritos más de 35 libros, traducidos a las principales lenguas modernas. Para ello, las mañanas las dedica de ordinario a la meditación y al estudio, y de ellas, sin duda, nace ese tipismo constante de su pluma: el remanso de su alma, hecha paz, en el trajín de un mundo enloquecido.

Así, plenamente en su línea, seleccionamos un fragmento de su obra "¡Arriba los corazones!" Libro, que es, no sólo un grito de optimismo, sino sobre todo, un toque de queda, de reflexión y esperanza en diálogo con el Dios, que de continuo nos espera. Es, imitando su pensamiento, una fuerte invitación al hombre de hoy, poseído por el vértigo de la prisa y la evasión, a reencontrarse con Dios en su interior por medio de la meditación diaria. Esa meditación, más que hablar, busca el escuchar, porque sabe que Dios tiene más cosas que comunicarle, que él, por su cuenta decirle.

A. S. Breña, S. J.

n u e v o

La meditación es una forma de orar más elevada que la plegaria, y un eficaz remedio contra el derramamiento de la vida hacia afuera. Ciertamente la meditación es un poco cosa de ensueño y embeleso, pero hay dos aspectos que la destacan seriamente: al meditar no pensamos ni en cuanto nos rodea ni en nosotros mismos, sino sólo en Dios. Y dejando en su sitio la imaginación y sin fabricar quimeras calenturientas, nos servimos de la voluntad para tomar resoluciones que nos acercarán al alcázar donde mora el Padre. Espiritualmente, la meditación representa mayor adelanto que “los rezos”; se puede comparar con el arranque de un niño que irrumpe ante su madre y exclama: —“no diré ni pío, si me dejas estar aquí mismito para contemplarte”. O como le dijo cierta vez al Cura de Ars un soldado: — “Aquí estoy de nuevo ante el Sagrario: El me mira y yo le miro”. Con la meditación se nos permite mantener en tensión la lucha consciente contra las desviaciones al darnos cuenta internamente de que a Dios lo tenemos delante de nosotros. Impide que las cosas y ruidos que nos rodean penetren dentro del alma. Hace que nuestra voluntad se rinda al empuje de la Voluntad Divina. Enfoca el proyector de Verdad Divina sobre el modo de pensar, obrar y hablar calando por debajo de las capas con que nos cubre el propio engaño y el egoísmo. Nos emplaza ante el Tribunal de la Justicia de Dios para que nos veamos tales como en realidad somos y no como por nuestro gusto pensamos ser. Impone silencio al Ego y a sus estruendosas exigencias; para que pueda escuchar los anhelos del Divino Corazón. No se vale de nuestras potencias para teorizar en materias que no tocan a Dios, sino para aguijonear

nuestra voluntad que se ajuste con mayor finura al Querer de Dios. Fomenta en nuestro ánimo la verdadera disposición científica frente a Dios como Verdad, librándonos de nuestras previas y torcidas posturas, de tal manera que despejamos nuestras mentes de toda creencia fundamentada en los deseos más que en los hechos. Quita de nuestras vidas las cosas que nos estorbarían el acercamiento a Dios, y fortalece en nosotros el deseo de que sea para Honor y Gloria de Dios cuanto bueno hagamos. Sustrae nuestros ojos del flujo cambiante del vivir, y nos trae a la inteligencia *lo que somos*, nuestra esencia de criaturas, que todo depende de Dios por la creación, la existencia de cada instante un día tras otro, y la salvación. Meditar no es implorar, no es un modo de valernos de Dios o de pedirle cosas, sino al contrario, es una entrega, un ruego a Dios para que se valga El de nosotros.

La meditación recorre dos fases: segregación de los reparos mundanales y ensimismamiento en la Naturaleza de Dios y su Hijo Encarnado, Jesucristo. La meditación se sirve de tres potencias del alma: memoria, entendimiento y voluntad. Con la memoria recordamos Su Bondad y los beneficios que nos otorga; con el entendimiento reflexionamos sobre lo que sabemos de Su Vida, Verdad y Amor; con la voluntad nos esforzamos en amarle y quererle sobre todas las cosas.

Al estudiar, sabemos de Dios; al meditar, nos percatamos de Su Presencia dentro de nosotros mismos y agarramos la entraña misma de nuestro existir. En tanto en cuanto el Ego o el Yo están apartados de Dios, somos unos desgraciados. Pero al fundirse en la de Dios nuestra personalidad, de manera que Su Mente sea la nuestra, Sus

y v i e j o

Deseos los nuestros, Sus Aficiones las que nosotros sentimos, entonces el Yo se gana a sí mismo en el pleno olvido propio. En frase de San Pablo: "Y yo vivo; o más bien, no soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí" (Gal. 2,20).

Para meditar vale más el oído del alma que la lengua: San Pablo nos dice que la fe nos llega oyendo. Muchísima gente comete con Dios la misma equivocación que con sus amigos: hacen ellos todo el gasto de la conversación. Nuestro Señor nos previno contra quienes rezan "con muchas palabras inútiles, como los paganos que se figuran habrán de ser oídos a fuerza de palabras" (Mt 6,7).

También se puede incurrir en irreverencia con Dios por distraernos en toda la charla y cambiar las palabras de la Escritura "Habla, Señor; tu siervo escucha", por las de "Oye, Señor; tu siervo habla". Lo que Dios tiene que decirnos nos dará luz; debemos, pues, aguardar que hable El. Nadie se mete de rondón en la consulta de un médico, se hace observar de prisa todos los síntomas y al instante sale corriendo sin esperar el diagnóstico; nadie sintoniza la radio y se marcha del cuarto a reglón seguido. Igualmente necio sería tocar el timbre de la puerta de Dios y echarse luego a correr. El Señor está más dispuesto a escucharnos de lo que nos figuramos: es menester que afinemos nuestro modo de escucharle. Cuando se queja la gente de que Dios no atiende sus plegarias, lo que suele suceder es que no aguardaron a oír Su respuesta.

La oración no es, por tanto, un soliloquio, sino un diálogo. No es calle de dirección única, sino gran avenida. El niño oye una palabra que antes nunca articulaba, y su lengua se adiestra acústicamente; de ese modo, nuestra alma se adiestra, asimismo, por el oído.

Según dijo Isaías, profeta: "Despertó por la alborada, por la mañana despertó mi oído para que le escuche como a un amo". Nos cuenta San Pablo, que el Espíritu nos dirá por qué tenemos que orar; si en otros tiempos el espíritu cerniéndose sobre las aguas informes, también ahora le aporta al mundo vacío de nuestros corazones el deseo y la locución espirituales. Nuestras lenguas piden toscamente porque nuestros oídos fueron duros en la audición de la fe. Un rito esencial en el Sacramento del Bautismo es abrir el oído: el sacerdote lo toca y pronuncia lo que Nuestro Señor dijo al sordo: "Epheta, ábrete". Quieren decir las palabras que en cuanto llega un alma al estado de Gracia los oídos antes cerrados se abren a Todo lo que es de Dios. Decimos haber aprendido nuestras oraciones de los *labios* de nuestra madre y en ello se entraña una filosofía más honda de lo que barruntamos. Rezar es enojoso cuando lo hacemos en soliloquio, pero es una alegría cuando la propia distracción desaparece ante la humilde actitud de prestar atención y oído.

La marcha meditativa se explica óptimamente con el relato del Domingo de Pascua de Resurrección en el Evangelio. Aquel día los discípulos estaban desfallecidísimos, sin amparo ni esperanza. En su desconsuelo se pusieron a hablar de Nuestro Señor con un caminante que casualmente encontraron en el camino de Emaús. Esto jalona la primera fase de la meditación: hablan de nuestro Señor, sin darse cuenta de que El está delante. A esto sigue el descubrir Nuestro Señor Su presencia, y escuchamos entonces, igual que lo oyeron los discípulos, a Nuestro Señor empezando a explicarnos lo que quieren decir Su Pasión y Muerte. Llega por último la fase integrativa, representada al partir el pan en la cena del Evangelio: a estas alturas el alma se unió ya a Dios, y Dios al alma.